

los arranques feroces y desenfrenados de remotas épocas prehistóricas... No pensaba en mi educación cristiana; todo lo atrofió el espíritu de venganza, innato en todo ser orgánico, desde el más pequeño insecto hasta el hombre. Sonaron las doce. ¡Esa era la hora! Tomando una luz puse fuego, casi instantáneamente, á todas las mechas de la sala y á las del cuarto de Frasquita, me eché el pañolón por los hombros, me puse el sombrero y cogiendo el paquete, bajé volando la escalera, prendí fuego y me fuí al cuarto de María, ejecutando allí lo mismo. Antes de salir miré los muchos pequeños cuadros que la pobre mujer dejó colgados en la pared. ¡Salvad la casa, ó quemaos con ella!, dije á los santos, y echando mano, por movimiento instintivo, al cuadro del Nazareno, tiré el marco y me guardé la imágen, arrojé la vela encendida sobre la mecha y me lancé á la calle sin cuidarme de cerrar, puesto que el fuego pronto destruiría todo. Después de caminar unas cincuenta varas me detuve un poco arrimada á la pared. La calle estaba desierta. Antes de diez minutos vi estallar el incendio por todos lados á la vez. Entonces me dirigí al Circo de Marte, lleno de espectadores por ser la última función. Al llegar allí, me situé cerca de la puerta. Derrepente resonó la campana mayor de la Parroquia, tocando á rebato; también tambores y cornetas lanzaban su alarmante, ruidoso sonido, llamando á las gentes al lugar de la catástrofe. ¡Oh! si yo hubiera tenido un corazón me dolería de ver salir á borbotones todos los espectadores del Teatro, corriendo azorados en varias direcciones, figurándose cada cual, que el incendio pudiera ocurrir en su casa propia... Para humillación mía, os confieso que esa zozobra de la multitud, fué mi primera alegría: ver sufrir á los demás era mi ideal. Después de los numerosos espectadores salió la compañía. El Director detrás, diciendo:

—¡Caramba! estas gentes tienen un miedo cerval á los incendios! ¡Ved como corren desatentados! ¡No parece sino que el mundo se desploma! ¡Los cobardes, se han ido sin ver el final de la mejor Opereta de mi repertorio...! ¿Y á mí qué? Yo nada pierdo: la entrada ha sido buena: un lleno completo; mi dinero en el bolsillo, ¡pues que se los lleven todos los diablos! y santas pascuas. ¡Hé! aposentador, apague Ud. todas las luces no vaya á incendiarse también este hermoso Circo.

—Cuando todos desfilaron, fuíme poco á poco tras ellos.

—No vuelvo al hotel, dijo el Director, esta noche está la ciudad convertida en un cáos: no quiero meterme en ese infierno. ¡Andad, muchachos! idos tres o cuatro de vosotros

y traed las maletas que dejamos allá. El hospedaje ya lo pagué esta tarde: conque, ¡andando! Volved pronto. Los demás nos vamos para el muelle: allí pasaremos el resto de la noche, al amanecer nos embarcaremos ¡y Cristo con todos!

Cuatro de los actores se desprendieron del grupo, internándose en la ciudad, yo seguí á los demás. A favor del alumbrado conocí á la Directora; acerquéme á ella diciéndola:

—Señora, mi casa queda muy cerca del incendio. Tuve mucho miedo al fuego y me fuí para el Circo en busca de Ud. para incorporarme, desde luego, á la compañía; como vi que todos se venían para el muelle, vineme yo también.

—Muy bien hecho, joven.

Al llegar al muelle cada cual buscó sitio, sentándose en el suelo al abrigo de la muralla. Yo ocupé el mío al lado de la señora.

Los enviados regresaron pronto con las maletas; acomodáronse como pudieron y comenzaron á departir entre sí: primero hablaron del fuego, después, refiriendo cuentos y graciosos chascarrillos, que mi ánimo no estaba en estado de celebrar. Por primera vez hallábame entre esa clase de gentes cuya vida nómada exhibe tantas y tan variadas peripecias... Al amanecer se efectuó el embarque, y zarpando la goleta, comenzó la navegación. Echando una última mirada á la patria, vi que aún se desprendían, del incendio, densas columnas de humo... Allí quedé enterrada Angelina Sorel, dando vida á Elisa de Mendoza. Un lejano recuerdo de familia me impulsó á adoptar el nombre de una parienta extinta hacía muchos años. Como empecé á sentir síntomas de mareo, me acosté en mi litera, pasando allí las veinticuatro horas que duró el viaje. El lunes, al amanecer, fondeó la goleta en Santa Cruz. La Compañía y yo con ella, saltamos á tierra á las seis de la mañana. Con algún dinero suelto que yo llevaba, pagué el pasaje á la señora, dándole mil gracias, y pretextando gran urgencia por llegar á la casa de mi enferma tía, saludé afablemente, internándome á prisa por la primera calle que hallé á mano. Yo conocía la ciudad y algo de sus alrededores, por haberlos visitado con César, cuando me trajo de Madrid. En seguida me encaminé á un vallecito inmediato á la población, donde había una bonita fuente natural, cuyo remanente aprovechaban las lavanderas para blanquear telas finas. Ahí me lavé perfectamente, gastando todo el jaboncillo en repetidas fricciones, hasta que el pequeño espejo me dijo que estaba blanca. Peineme sencillamente. Tiré trás unos chaparrales

mis humildes vestidos, sacando de la enagua las muchas alhajas contenidas en sus bolsillos, púseme el vestido de gró, trasladando á las faldriqueras de éste, el tesoro que contuvieron las otras, volví á atar á la cintura mi faja llena de onzas que cubrí con rica manteleta echada por los hombros: el lujoso velo volvió á adornar el modesto sombrero de la pobre muchacha, dándole aspecto señorial, calzé los guantes, y saturando mi ropa con el perfume traído, encaminéme al interior de la ciudad. Peines, espejo y ropas de viaje quedaron allá, diseminados bajo los matorrales. Dirigime á un hotel, teniendo buen cuidado de evitar aquel que me hospedó cuando vine de España; ahí me hubieran conocido. Por suerte el velo de mi sombrero tenía bordados, favorable circunstancia que impedía ser reconocida por alguno que antes me hubiese visto. Además, la hora no era apropiada para que los transeuntes fuesen numerosos, apenas eran las siete. Temiendo siempre un mal encuentro, me alojé en un modesto hotel. Pedí un desayuno, que al punto me sirvieron en mi cuarto. Éste estaba muy bien adornado, pues la patrona, por mi elegante atavío, túvome por gran señora. Al terminar mi desayuno, díjela:

—Deseo saber si Ud. conoce alguna mujer pobre, pero decente, que estuviera dispuesta á vivir conmigo en clase de dama de compañía.

—Conozco una que talvez quiera aceptar esa propuesta. Es una viuda de 36 á 40 años, tiene todo el aspecto de señora educada, finos modales y alguna instrucción. En vida del esposo tuvo holgado pasar, porque ese señor era empleado en Hacienda y ganaba buen sueldo. Muerto él, la pobre viuda tiene que trabajar para vivir y el trabajo de la mujer produce tan poco, que apenas alcanza para no morir de hambre, máxime cuando hay que pagar al casero, como le pasa á esa señora.

—Pues tenga Ud. la bondad de hablar con esa viuda, dígale mi deseo y que quisiera verla lo más pronto.

—Ahora mismo voy á casa. Estoy casi segura de que admita su oferta de Ud.

Dos horas después la patrona se presentó acompañada de una mujer de alguna edad y buen porte.

—Le presento á Ud., señora, á doña Toribia Zamora v. de Calsadilla, dijo la hotelera.

Después de los saludos, hice á la presentada mi propuesta. Su ocupación consistiría en acompañarme, hacer algunas compras de vestidos ó cosas por el estilo; era mi proyecto no poner cocina en casa, sino traer los alimentos del

hotel. Su retribución por esos servicios sería un duro diario, vestido, casa y comida. Por de pronto iríamos á viajar. Doña Toribia demostró quedar contentísima con tal oferta. Supliquéla se quedase conmigo desde luego, pues tenía que hacerme unas compras para el próximo viaje. Me dijo érale preciso ir á entregar la llave al casero y á recoger alguna ropa de su uso propio: que en seguida vendría. En la tarde regresó; traía un pequeño paquete de ropa, y ya se quedaba definitivamente á mis órdenes. Héme, pues, con dama de compañía, y de bellas prendas, pues su aspecto revelaba, desde luego, persona de fina educación. La aposenté en un cuartito contiguo al mío.

En la mañana del siguiente día, la envié á una tienda de modista, para que mandaran de allí algunos vestidos y sombreros propios para viaje, como asimismo guantes y pañuelos de batista para bolsillo. No tardó en volver acompañada de algunas empleadas del taller que traían cajas de cartón conteniendo lo pedido. Escogí tres vestidos de gran lujo, con los correspondientes sombreros, guantes y ricos pañuelos con delicadas guarniciones de bordado. Para doña Toribia, un par de trajes buenos, pero más modestos, según convenía á su posición, color oscuro, acompañados de dos sombreros propios para su edad, un par de guantes negros y otro de pañuelos más sencillos. Pagué todos los efectos sin regatear. Un joven del hotel se encargó de comprarme dos maletas, que pronto tuve en mi poder. Como me escapé de la Palma sin ropa blanca, hube de comprar alguna que almacené con las demás. Doña Toribia tenía el modesto ajuar traído de su casa. Yo no quería presentarme en público, no fuera la desgracia á colocarme frente á frente de alguno que me hubiese visto antes. Así fué que me cuidaba mucho de eclipsarme de cualesquiera miradas. Pedí el diario para informarme de la salida de barcos. Con gran satisfacción leí que al día siguiente á las diez de la mañana zarparía para Marsella el vapor "Córscica". ¡ Oh ! ¡ Francia ! Ahí tendría la coqueta Elisa de Mendoza, ancho campo para disparar sus vengativas baterías. . . ! En seguida mandé á mi dama á la oficina del consignatario, para que tomara á mi nombre dos pasajes de primera. Pronto volvió con ellos. Al otro día á las nueve de la mañana, seguidas de un mozo conductor de nuestras maletas, nos encaminamos al muelle. Yo llevaba elegante vestido de viaje y rico sombrero con velo sobre el rostro; doña Toribia con traje de paño negro, abrigo con pasamanería y un sombrero de buena forma: lucía muy bien. Nos embarcamos, llegando en pocos días á

Marsella, hermosa ciudad; pero no era ahí donde yo me detendría. Apenas saltamos tomando informes, pues yo hablo correctamente el francés, nos dirigimos en coche á la Estación, subiendo allí al primer tren que salía para el interior con dirección á París.

Tú, querida Armida, que eres parisiense, conoces la gran ciudad donde el bien y el mal marchan paralelos, repartiendo bienes y males por doquiera.

Me instalé en lujoso hotel, proveyéndome desde mi llegada de elegante y rica indumentaria. Vestidos de paseo, de teatro y de casa no me faltaron. También doña Toribia, como debía acompañarme á todas partes, fué surtida de bonitos trajes, compatibles con su viudez. Alquilé una linda carretela forrada de raso azul, tirada por dos buenos corceles color bayo con la crin negra. El primer día que, acompañada de mi dama y luciendo elegante atavío, me presenté, recostada en el brillante carruaje, en el paseo más concurrido, hice furor. No hubo hombre alguno que dejara de admirarme. Si concurría al teatro, perfectamente vestida con vaporosas telas y cubierta de brillantes, todos los gemelos eran asestados á mi palco. Averiguaron mi procedencia española y pronto tuve sobrenombre: éste era: "La Venus Hispana". Pocos días después llovían billetes amorosos, no de jovencuelos de poco fuste, que no se atrevían á tanto, sino de señores de viso, entre ellos títulos de nobleza. A todas esas gentes las miraba yo con el mayor desprecio, sentimiento que me guardaba mucho de exhibir; por el contrario, mi actitud externa era la más amable del mundo. Tanto en el paseo como en el teatro consentía que se me acercasen hablándoles con tal agrado, empleando el más refinado coquetismo que, indefectiblemente, se creían amados. No fueron pocos los que me ofrecieron su mano, sus riquezas ó su título. Cuando llegaba ese caso caían del cielo á la tierra, pues yo, con la mayor frialdad les contestaba que jamás me casaría. Cuando por los periódicos me informaba de que en el Sena, se habían pescado uno á más cadáveres de las jóvenes suicidas, mi odio á los hombres se redoblaba, haciéndoles sufrir con mis desdenes mil torturas. ¡Sufrid, miserables libertinos!—me decía.—Sois la causa de la desesperación de esas jóvenes honradas.... ¡Yo soy su vengadora! He aquí como pasé mi vida durante los muchos años que residí en París. Jamás intimé con alguna familia, ni mujer alguna fué mi amiga. Doña Toribia hizo amistades con una que otra vecina, por ella me informaba de lo que de mí se decía: según esas hablillas, era yo calificada

como un portento de belleza y orgullo; habíame adquirido otro sobrenombre, se me conocía por “La Venus de Nieve”. De todo ello se me daba un ardite. Un príncipe ruso se enamoró de mí hasta la idolatría: ofrecióme su mano y sus vastos dominios allá en el Imperio de la Autocracia: después de haberle seducido con mis coquetas zalamerías, al hablarme de matrimonio le despedí friamente. El, al oirme, se inmutó bastante y, según me dijo, se iba en viaje al lejano Oriente á ver si podía olvidarme.... Por mí hubo algunos desafíos: causa, una mirada, una sonrisa más expresiva, concedida á uno ú otro. Las noticias de esos duelos que, por mi criterio actual, hubieran recargado mi conciencia á ser mortales, en ese tiempo llenábanme de júbilo. ¿Qué me importaba que esos imbéciles se mataran entre sí?

—¡Oh, mis queridos oyentes!, hoy reconozco mi conducta inícuca, infame.... entonces no. Obsesionada por una idea de fatal venganza, carecía de raciocinio que me guiase por otra senda mejor. Por suerte para mi discurso actual, esos desafíos nunca fueron mortales, terminando con un almuerzo en el cual los adversarios hacían las paces.

Al llegar á esta parte del relato, Angelina hablaba muy quedo, conociéndose que sufría gran debilidad.

CAPITULO XXXIV

CONTINUA LA CONFESION

—Vamos, querida señora, dijo Armida, que el recuerdo de sus proezas la causa gran debilidad. Es preciso tomar algo....

—Si mi hija quisiera detenerse ahí, sin evocarnos el pasado....

—¡Ay, no, padre mío! Aún no lo he dicho todo: es preciso continuar.

—¡Bien, abuelito! deje hablar á mamá: después quedará tranquila y no se volverá á mentar eso ¿verdad?—dijo el joven, abrazando á su pobre madre.

—¡Aún queda lo peor, hijo mío! ¡Quién sabe si me perdonaréis!

—Por decontado. Cuento Ud. siempre con mi acendrado cariño: un buen hijo jamás condena á sus padres, y sobre todo, á su madre.

—¡Dios te premie!—dijo Angelina, besando al joven.

—Antes de continuar—dijo Armida, hay que fortalecerse con un ligero refrigerio: voy por él. Salió, volviendo á poco un plato de buena sopa. Angelina la aceptó porque realmente, sentíase desfallecer; ese alimento fué reforzado con un poco de vino. Después reanudó su larga confesión.

Diez años continué en esa vida—de inútil despilfarro, vida que mermó en grande mi cuantioso capital. Entonces comencé á pensar de qué medios me valdría para obtener dinero. De los hombres ¡jamás! ¿Cómo, pues? Dejando en manos del acaso la resolución de ese problema, abandoné á París. Dejé en el campo donde las grandes rameras derrochan en poco tiempo los ingentes capitales de los imbéciles que las galantean. Fuera del coquetismo ejercido para hacer daño, mi conducta era irreprochable. Ocurrióme ir á Suiza, país

más modesto, donde podría continuar mis artimañas con menos dispendio de caudales. Al llegar á esa república, me domicilié en Lausana, populosa y bonita ciudad aunque muy inferior á París. Allí sucedió lo que había previsto: muchos hombres, jóvenes y viejos, me hicieron la corte. Allí también tuve pretendientes á mi blanca mano, propuestas que rechacé con la mayor indiferencia y frialdad, conducta que disgustaba grandemente á los buenos suizos, llenándome de placer su mortificación. Rayana de los treinta años, ni física ni moralmente había cambiado un ápice; me conservaba tan joven y tan ruín, como al comienzo de mis detestables hazañas. Paseando un día con doña Toribia, en un jardín público, donde había numerosa concurrencia, oí á mi lado dos voces que dialogaban en puro castellano. Volvíme rápidamente, con ese placer que causa oír la lengua patria en país extranjero, viendo dos señoras ancianas sentadas en un banco inmediato. No sé que inconsciente impulso me hizo acercarme á ellas y saludarlas. La señora mayor, que por su porte y vestido parecía ser superior á la otra, contestó afablemente mi saludo, invitándome á que me sentase á su lado. Dando las gracias, acepté gustosa. La otra dama hizo lo mismo con doña Toribia, comenzando á departir, por separado, ambos grupos. El carácter español, en general, es franco y expansivo; así fué que á la hora de conversación con mi digna, improvisada amiga, ya casi me sabía toda la historia de doña Pilar del Castillo. En cuanto á mí, á pesar de aquella cualidad franca que caracteriza al español, y que yo poseía en alto grado antes de mis desgracias, fuéme preciso mentir, porque mi situación anormal así lo exigía. Dije llamarme Elisa de Mendoza, que era huérfana—en eso no mentía—había venido á Suiza, puramente por paseo y ya pensaba en retornar á la patria.

—Justamente,—dijo la señora—yo también deseo retornar pronto. Los aires suizos no han hecho alejar mis achaques: mejor allá en el patrio suelo.... allí estoy más animada.

—Y dígame Ud., apreciable señora ¿cuál de las provincias españolas fué su cuna?

—Querida mía, nací en Santa Cruz de Tenerife: allí he vivido siempre; allí volveré.

—¡Qué feliz coincidencia! Yo también soy canaria.

—¡Es verdaderamente una dichosa casualidad! Si Ud. piensa regresar pronto, tendría el mayor placer en que hiciéramos juntas el viaje de retorno á la patria.

—Nada se opone á ello; y me honraré mucho con tener tal compañera de viaje.

Doña Pilar saludó, diciendo:

—Entonces no hay más que partir en el primer tren, dirigiéndonos á cualquier puerto de mar y embarcarnos en el primer vapor que zarpe para España.

Todo pasó como habíamos convenido.

Ahora, mi pésima conducta, cambió su derrotero; éste era hacerme amar de la señora hasta el punto de que mi compañía le fuese extremadamente necesaria. Eso no me sería difícil, estudiando su carácter y costumbres, la complacería en todo, rodeando su ancianidad de múltiples pequeños obsequios que alcanzarían á ser indispensables á la señora. Eso no era un crimen, pero sí refinada astucia. ¿Por qué iba á emplear ese proceder? Porque sabía por ella misma, que doña Pilar era sola, rica y sin pariente alguno que heredase su cuantioso patrimonio. Mi plan era muy sencillo: emplear los medios que dejo dichos, á fin de que la señora me nombrase su heredera. De eso se ha visto mucho en el mundo ¿por qué no sería yo una de tantas...? Durante la travesía, ya conocí la gran simpatía que por mí alentaba la señora: es verdad que yo no descuidaba ocasión de ganarme su afecto. Al llegar á Santa Cruz díjome que supuesto que yo era huérfana y sin pariente alguno, sería muy grato para ella, que aceptase su casa y fuése á vivir en su compañía. Yo estaría allí como en terreno propio; pero si convenía, aquella mansión, sola y triste, se animaría con mi juventud y hermosura.

El ofrecimiento no podía ser más lisonjero. Contestela:

—Señora, su amable ofrecimiento es muy honroso para mí. ¿Qué mayor dicha para una huérfana solitaria, que vivir bajo el amparo protector, de una dama tan respetable como Ud.?

Con esas y otras expresiones, que sería difuso enumerar, quedé definitivamente instalada en casa de doña Pilar del Castillo. A doña Toribia la dí su jubilación. Como no había hecho gastos de manutención y vestuario, sus honorarios que mensualmente percibía, hicieronla dueña de un modesto capital, aumentado por una buena gratificación que, al despedirse, la doné. Se retiró no sin pena, ofreciendo visitarme con frecuencia. La señora anciana, que acompañó á doña Pilar en el viaje á Suiza, era una especie de ama de gobierno que, con dos ó tres criados más, componían el cuerpo de sirvientes que actuaba en la casa.

Desde aquel día fuí asidua compañera de la señora, pres-tándola multitud de pequeños servicios. Unas veces tocaba al piano alguna pieza de gusto anticuado, como "El Barto-

lillo", "La Cachucha", "El Mambrú"... y otras por el estilo. Sabía yo muy bien que doña Pilar no era modernista; á fuer de anciana noble apegada á los rancios pergaminos, y á las costumbres rancias, tenía gran predilección por todo lo que fué... Otras veces leíala algún libro de su repertorio: "Historia Sagrada", "Año Cristiano", "Martirologio", etc., etc. Nunca la dije lo más mínimo sobre cambio de mobiliario, aunque todos los muebles que había allí, por su antigüedad, pedían la expulsión de una casa rica. Eso no podría gustarle á la dama, que hablaba con desdén de las innovaciones modernas, plantas exóticas, dañosas á las buenas costumbres... Era una excelente señora que pertenecía en cuerpo y alma al antiguo régimen... A los tres años de mi permanencia en la casa, doña Pilar sufrió una seria dolencia. Entonces quiso testar: por más que traté de disuadirla de esa idea, por primera vez no quiso escuchar mi ruego. Me mandó tomar un pliego sellado, de los que había en su papelera, arrimar á la cama una mesa pequeña, sentarme y, provista de tinta y pluma, escribir un testamento dictado por ella. En ese documento me nombraba su heredera universal, dejando algunas cantidades á sus antiguos sirvientes, que eran tres ó cuatro, como antes dije.

Terminado el escrito, la miré, diciendo:

—Pero, querida señora, ¿por qué quiere Ud. dejarme tal riqueza?

—Porque es mi gusto, mi amada Elisa: no tengo parientes. Si los tuviese les dejaría algo según el grado... pero siempre tú serás la preferida. ¿Qué amante hija hubiera hecho más por su madre, que tú has hecho por mí? ¿Quién me acompañó, quién me cuida, quién ha endulzado mi amarga vejez sino tú? Pues tú tienes todos los derechos á mi afecto y reconocimiento, tú serás la heredera.

—No sé cómo agradecer á Ud. tamaño beneficio. Rogaré al Cielo que alargue su vida por muchos años, alejando todo lo posible el cumplimiento de su última voluntad testamentaria.

Yo no deseaba la muerte de doña Pilar: si hubiera tenido ese anhelo, lo manifestaría en esta verídica confesión; pero, aunque dado mi constante mal proceder, parezca una anomalía, ello es cierto que yo deseaba el restablecimiento de la señora. Y en efecto, se restableció. Como ella era de noble alcurnia, con frecuencia la visitaban ancianas y caballeros de su condición, especialmente cuando iba de temporada al campo, á cada rato llegaba algún señor de la ciudad. Ahí tenía yo buena ocasión de hacer de las mías. Du-

rante la especie de banquete con que doña Pilar obsequiaba á esas visitas, yo no les escatimaba las graciosas sonrisas, los chistes y brillantes matáforas, desplegaba el mayor ingenio para subyugarlos. . . . la señora que, según su criterio, me consideraba un portento de virtud y brillante instrucción, sonreíase satisfecha de mis agudezas. Alguna vez la oí decir bajito á su vecino de mesa:

—¡ Es inimitable!

—¡ Oh, encantadora!—decía el otro.

Es obvio que, con esa conducta ,aquellos nobles señores tenían que enamorarse de mí. En consecuencia, al siguiente día de esas comidas, llegábanme de la ciudad declaraciones amorosas, ya en verso, ya en prosa, acompañados con las bellas aromáticas flores que adornan nuestros pensiles. Me reía de todo eso quemando los papeles, y, por deferencia á doña Pilar, pues aquello venía de sus amigos, teniendo que proceder con cautela para no herirla, ponía las flores en algún vaso, sin agua, para que se marchitaran pronto y poder botarlas en seguida. Nunca contesté á esos caballeros, pero cuando volvían á la casa, procuraba con arte, traer la conversación al terreno amoroso y, después de disertar un poco sobre generalidades inherentes al asunto, terminaba por declarar rotundamente, concretándolo á mí, que yo jamás me casaría. Así quedaban contestadas á la vez todas las pretensiones. Por entonces apareciste tú, querida Armida; me pareciste extraordinariamente bella, pareciéndome también la usurpadora de mi fortuna. Yo sabía que eras hija del salvador de mi padre, que también fue mi tutor, al cual debí solícitas atenciones durante mi internado en el Colegio. Ninguno de esos recuerdos me hizo retroceder. Carecía en absoluto de buenos sentimientos: el Genio del Mal me hacía obrar por su cuenta, obsesionando mi razón. . . . ¡ Oh, vosotros, séres tan queridos para mí! sé que, después de oirme, vuestra conciencia me condenará! Pero es preciso hablar. La confesión, para ser buena, pide la verdad absoluta sin vacilaciones, ni restricción alguna: así hago la mía por más humillante y criminal que sea.

Refirió Angelina todo lo que ya sabemos, hasta llegar á la falsificación del Codicilo—añadiendo—para atenuar la comisión de ese hecho, que sabía bien era criminal, rememoré los recuerdos históricos de mayor cuantía, más repugnantes que el que yo practicaba á la sazón. Una madre que engañó al esposo moribundo y ciego, para que el enfermo deje su herencia al hijo menor, defraudando así los derechos del primogénito, no sólo es madre desnaturalizada,

si que también traidora y desleal esposa: esa mujer fue, pues, mucho peor que yo. ¿Y quién la ha condenado? Nadie, que yo sepa. Por el contrario, el usurpador, según la Historia, fue recompensado con largueza, nada menos que por el gran Autor del Universo....

¡Ah, cuántas funestas consecuencias se desprenden, de los abominables hechos históricos! Sin ese malaventurado recuerdo, quizá yo no hubiera sustituido el verdadero, por el falso Codicilo.

Al llegar á ese punto, Angelina sacó del bolsillo dos papeles y se los dió á Armida.

—¿Qué papeles son éstos?—preguntó la joven.

—Los dos Codicilos; el falso y el verdadero. Con ellos, si quieres, puedes acusarme ante la Ley....

—¡Cómo, querida señora!, ¿piensa Ud. de veras lo que dice?

—¡Sí, me reconozco criminal!

—Pues bien, sea Ud culpable ó no, aquí soy el Juez—y Armida, rompiendo en menudos pedazos los documentos, los tiró al suelo.

—¡Ay, querida y generosa niña! ¿Por qué te desheredas?

—Porque algunas veces es menester atenerse al Espíritu y no á la Letra. El primer testamento debe ser el válido; en él es Ud. la heredera universal de mi tía, que tanto la amó; por eso, con todo su gusto y voluntad, libremente, dejó á Ud. todas sus riquezas. Llegué yo, que ni la conocía, ni la serví en nada. La recta conciencia de la señora, como lo manifestó á Ud. misma, la obligaba á testar nuevamente en favor de una, hasta entonces, desconocida sobrina.... Pues bien, la Ley, si á ella acudiera, reconocería más derechos, pero yo me atengo al Espíritu de la testadora, no á la Letra de su testamento.

Y levantándose, abrazó y besó á Angelina, que vertía lágrimas de reconocimiento. Don Alberto, volviéndose á su hija, la dijo:

—Ya habrás terminado: la agraviada te perdona plenamente: se ha descargado tu conciencia. Tranquilízate y no se hable más de confesiones.

—Lo terrible está confesado. ¿Pero no queréis saber á qué circunstancia debo mi regeneración?

—¡Oh, sí, hija mía! eso es lo más importante: te escuchamos.

—Después de enviarte mi tarjeta de despedida, querida Armida, partí para Italia. Esta vez emprendí el viaje sin

dama de compañía, porque una mujer de mi edad ya puede viajar sola. Fuíme directamente á Florencia, donde pululan las obras de arte. Necesitaba tener nuevos horizontes para distraer el hastío que, insensiblemente, me invadía. Mi larga y frívola existencia, sin consolarme del pasado, principiaba ya á fastidiarme: no me arrepentía aún de lo hecho, pero comenzaba el desencanto.... Visité todos los Museos y Galerías donde se desborda la belleza en lienzos y esculturas. Ahí también llamaba la atención mi porte elegante y señorial, talvez mi físico también, puesto que siempre aparenté tener diez años menos de los que realmente tenía. Eso, no implica nada de extraño; porque generalmente, acontece igual cosa á todas las mujeres que no gastan sus energías en la satisfacción de ardientes pasiones... Otras, ¡pobrecitas! ignoran que el fuego de los grandes amores destruye y arruga precozmente su belleza, que pudiera subsistir, con una vida morigerada, hasta el linde de la vejez. Yo no alenté sentimientos de ese género, de ahí mi aspecto juvenil. Cuando los hombres me saludaban, con señales inequívocas de pretensión... contestaba con ligero movimiento de cabeza, volviéndome en seguida á otro lado: fastidiábame ya hacerles otra clase de venia: había terminado mi época de amables sonrisas y seductoras coqueterías.

Como en los cementerios de Florencia hay ricos cenotafios decorados artísticamente, allá me dirigía con frecuencia, examinando atenta, minuciosamente las primorosas esculturas y lápidas de los sepulcros. Es que el hastío de la vida me hacía simpática la mansión de la muerte.... Un día, que visitaba el mejor camposanto de la ciudad, me acerqué á una gran lápida de mármol blanco ornada con admirable corona tallada al relieve en el contorno de la losa. Detúveme allí tratando de leer la inscripción central. Sabía un poco el italiano, aunque no lo bastante para leerlo correctamente. Distraída con el empeño de descifrar aquel, para mí, un tanto jeroglífico, no advertí la proximidad de un cortejo fúnebre hasta que pasaron á mi lado las primeras personas del acompañamiento. Entonces me volví, hallándome frente á frente de un pequeño féretro blanco con adornos de plata. No sé por qué, poniéndome paralela al ataúd, acompañé al entierro junto á él. Una gran losa levantada abría la puerta de la tumba, que esperaba al pequeño huésped. Bajaron el cajón al suelo ante la fosa, levantando la tapa para que el sacerdote rociara el cadáver con agua bendita. Entonces me acerqué más, quería ver al muerto y.... ¡Oh, Cielo! ¡Aquel rostro era el fiel retrato de mi per-

dido niño! Una gran sensación de dolor contrajo todo mi sistema nervioso y dando un agudo grito perdí el sentido.

Al volver en mí, me hallé acostada en una cama de hierro, situada en un gran salón donde había otras muchas ocupadas casi todas por mujeres. Junto á mi cabecera había una Hermana de la Caridad, la cual, al verme con los ojos abiertos, se inclinó á mí preguntándome suavemente cómo me sentía.

—¡Gracias, hermana, me siento bien! ¿Pero dónde estoy y por qué me hallo aquí?

—Ud., señora mía—contestó en buen castellano—está en el Hospital de Beneficencia de esta ciudad. Se la condujo aquí el día en que hallándose Ud. en el mejor cementerio de Florencia, presenció la inhumación de un pequeño, cosa que al parecer la impresionó á Ud. mucho, sufriendo en seguida un gran ataque de nervios. Allí mismo se llevó un médico para darla auxilio facultativo. Como nadie la conocía y se ignoraba el domicilio de Ud., dispuso el doctor se la trasladase aquí hasta averiguar su residencia. Al fin se supo que en el Hotel de la Estrella se hospedaba una señora española que hacía dos días había desaparecido, dejando allí su equipaje. Se hizo comparecer aquí la dueña que, al verla á Ud. declaró ser la misma inquilina que hacía cuarenta y ocho horas faltaba de su cuarto. Como Ud. no estaba en disposición de traslado, por habersele declarado una fiebre cerebral, continuó aquí. Hoy tengo el gusto de verla fuera de peligro; fuí yo la destinada al cuidado de Ud. por ser las dos españolas y poder así comunicarnos fácilmente cuando Ud. recobrarla la razón. Ya Ud. debe saber que nuestra Institución nos manda ir á cualquier punto de la tierra donde se pida nuestra asistencia para auxiliar á la humanidad doliente.

—¡Es una grande, benéfica Institución! dije á la hermana. ¿Y cuánto tiempo hace que estoy aquí?

—Próximamente, un mes.

—Durante la fiebre ¿he delirado? ¿hablé algo?

—Cuando era muy alta hubo algo de eso: hablaba palabras incoherentes, pronunciando repetidas veces el nombre de Alberto y otro de mujer, que Ud. llamaba por Armida, pidiéndola perdón no sé de qué, porque todo terminaba en un murmullo ininteligible.

Yo lloraba durante ese relato, porque sabía bien que aún á través de la fiebre, deploraba la pérdida de mi hijo y la ofensa hecha á tí, querida Armida, como si ésta fuese el corolario de aquella. El Doctor llegó, declarando mi entrada en convalecencia, dictaminando mi permanencia en el Hos-

pital por ocho días más, después podría afrontar sin peligro el movimiento del coche que me condujera. Iba á pedir al médico la cuenta de sus honorarios, pues yo no era pobre insolvente; pero creyendo podría eso tomarse por un rasgo de orgullo, guardé silencio. Sin embargo, consulté á la hermana sobre el asunto. Me contestó que en aquel establecimiento se curaba gratis: los médicos que allí asistían á los enfermos, tenían sus rentas del Gobierno, pero sí se admitía alguna donación que quisiese hacerse al Hospital. Propúseme enviarla alguna cantidad para que la entregara á la administración.

Ocho días después me hallaba en el hotel, donde permanecí todavía un mes para reponerme y poder hacer rumbo á la Patria. Todo mi anhelo era llegar aquí. Mandé al Hospital, sobrescrito á mi compatriota hermana de la caridad, un billete de quinientos duros, y al terminar el mes, despedíme de mi buena Patrona, pagándola mi cuenta y algo más por lo bien que me asistió, y porque los pobres, que tanto luchan por la vida, son muy dignos de la generosidad de los ricos. Embarqueme, llegando pronto á Cádiz, de ahí en un vapor-correo, que en cincuenta ó sesenta horas me puso en el muelle de esta ciudad. Con gran pesadumbre supe, Armida, tu casamiento y partida para América. Esos informes los adquirí de una señora que fué tu vecina en la casa de vecindad donde habitaste. Contóme las raras condiciones con que admitiste por esposo á un excelente sujeto, anciano y con poca salud; aquel casamiento no fué más que una adopción para hacerte rica. También me dijo aquella señora, que élla, su hijo Silvestre, doña Antonia y otro amigo, fueron los cuatro testigos de tu casamiento civil.

Informada de mi disgusto por ignorar bajo qué condición llegaría á tu poder una carta urgente que era preciso enviarte, presentóme la tarjeta que la diste al partir. Al momento te escribí, querida niña... Tenía una vaga esperanza de que atenderías mi ruego... no quedó defraudada. Llegaste, te hice una confesión completa... no pido más.

Armida se arrojó en los brazos de Angelina, diciendo: —¿No pide más? ¡Sí!, pide mi cariño, que le otorgo por completo. A su carta debo haber venido á Canarias, de cuyo viaje ha resultado la felicidad de mi salvador, que ha encontrado aquí su llorada hija; debo el reconocimiento de un abuelo y un nieto, y debo en fin, haberme encontrado con Alberto... Armida se calló de pronto; se había estra-limitado... Pero las madres, para ciertas cosas tienen vista de lince. No podía faltar en Angelina. Observando el

súbite rubor que coloreó las mejillas de la joven, la preguntó:

—¿Amas á mi hijo?

El rubor de Armida invadió su frente.

—¿No contestas?—insistió Angelina.

—Llevo luto por mi buen Papacito, balbuceó, no debo amar... ni puedo...

—¡Sí, que debes y puedes! Aquel buen señor te sirvió de padre; el luto tendrá su término...

—Pregúnteme Ud. entonces, cuando me sea lícito, por haber dejado mis negros vestidos. Contestaré su pregunta; la contestaré ciertamente; ahora nó.

Lleno de gozo don Alberto, frotábase las manos con satisfacción; su hija había vuelto á convertirse en la perfecta dama de los primeros tiempos felices; luego, se recreaba pensando en la dicha futura de esos dos jóvenes, tan dignos uno de otro...

—Ahora que nos rodea la felicidad, dijo Angelina, no hay que ser egoistas: no olvidemos al Solitario de allende los mares. Corre al Cable, Albertito, y dile á tu padre que vamos todos... ¿cuando diremos, padre mío?

—Pues, como tenemos que ir á la Palma, donde estaremos muy poco tiempo, se podrá decir á César que llegaremos á Pará, próximamente dentro de dos meses; no tardaremos tanto, pero creo oportuno fijar el tiempo más largo, que más corto, por si alguna circunstancia fortuita nos demora, que no haya zozobra por allá.

—Voy al momento á la Oficina, á poner el parte. Y Alberto, abrazando á su buena madre, que hacía caso omiso de la terrible ofensa que su esposo la infirió, y sólo pensaba en consolar al ofensor, salió discurriendo, durante el trayecto, que pronto serían todos felices. Ya sabía él la respuesta que, terminado el luto, daría la joven á Angelina: no olvidaba la que á él mismo le dió al pie del árbol centenario: "Le seguiría al fin del mundo".



CAPITULO XXXV

VIAJE A LA PALMA

Alberto había puesto á su padre un Parte cablegráfico que decía así:—"Imperio del Brasil.—Belén de Pará.—Señor don César Velazco.—Al cuidado del Doctor Amador.

Llegaremos dos meses, mi abuelo, mi madre y Armida. Su hijo, Alberto Velazco Sorel."

Desde aquel día Angelina, rodeada de los mayores cuidados y atenciones, recobraba rápidamente sus fuerzas. Doña Toribia casi siempre estaba con ella. La buena dama de compañía inventaba guisos y sustancias alimenticias para fortalecer el deteriorado sistema. A los quince días de seguir ese régimen reconstituyente, ya la muy bien atendida con solícito esmero por todos, sintióse apta para emprender viaje marítimo. Don Alberto había dicho á su hija:

—Tengo que ir á la Palma, ¿quieres ir tú?

—¡ Con el mayor gusto! Yo iba á rogarle que me llevara allá: quiero que mi inolvidable doña Carmen, sepa cómo me salvé del incendio.

—Luego ¿vás á referirle tu vida pasada?

—Tiene pleno derecho á ello.

—Pues, entonces vamos á preparar pronto nuestro viaje. Ayer pedí al Banco Español la Letra de cambio girada al de Río Janeiro. También poseo la Letra abierta para que, al presentarla allá, se me ponga inmediatamente en posesión de mi caudal. ¿Sabes á cuánto asciende?

—¡Cómo puedo saberlo!

—Pues, hijita, los réditos capitalizados durante diecisiete años, añadidos á la suma primordial, me hacen dueño de dos y medio millones de duros. ¿Qué te parece el resultado de mi viaje á Manila?

—¡Oh, asombroso!

—Ya ves como de los males, pueden resultar bienes. Con esa riqueza, ayudado por Armida, que es mi consocia, y quizá por alguien más... Voy á civilizar un pueblo de salvajes que hasta hace pocos años, eran canibales.

—¡Jesús! padre mío! ¿No teme Ud. á esos hombres?

—Nó; durante nuestro viaje al Brasil, te contaré mi historia: es larga, no tengo tiempo ahora. Mi fortuna sola no alcanza á sufragar las ingentes sumas que pide esa obra benefactora. Pero tengo á mi disposición las de mi consocia, como dije. Tu hijo es todavía más acaudalado que nosotros: lo sé por él mismo, talvez nos ayude en la empresa... luego tenemos á Ester que también posee algunos miles.

—¿Quien es esa Ester?

—Ya te contaré su historia cuando te refiera la mía: sólo te diré hoy que el capital de esa señora está á mi orden para funcionar en el negocio...

—Si yo tuviera algo, padre mío, también lo cedería para la realización de esa obra meritoria.

—Sí que tienes; Armida no ha querido aceptar tu devolución...

—¡Ah! sí, sí! Los bienes mal adquiridos deben emplearse como rehabilitación del culpable, en las obras de Beneficencia. Yo la devolvía íntegra su herencia, puesto que de ella, ni aún de mucha parte de la que legalmente me pertenece, gasté ni un céntimo. Desde luego puede Ud. disponer de esa suma; no es mucha, pero en algo aumentará el acervo común...

—¡Bravo! dijo el padre—no me faltarán medios para fundar mi pueblo: la bola de nieve va creciendo! Esa querida niña, nó sólo me ofrece, para la consecución de mis planes, el capital de dos millones, que tiene depositados en el banco de Río Janeiro, sino, además, la gran hacienda legada por su esposo ó papacito, como élla le nombra. Esa finca, que se mide por leguas, está casi toda bien cultivada, produciendo anualmente una renta capaz para sostener con decencia treinta ó cuarenta familias.

Mientras padre é hija platicaban, Armida visitó á la madre de Silvestre. Este estaba en casa, lo mismo que su amigo Blas, que vivía á la sazón con ellos, pues habíase quedado huérfano por muerte de su madre, acaecida meses atrás; el padre ni lo conoció, pues abandonó el planeta en la infancia del hijo.

Grande fué la alegría de los tres personajes al ver á su ahijada. Esta les participó la defunción de don Guillermo. Todos expresaron su sentimiento por la pérdida del generoso amigo. La señora alargando la mano dijo:

—Por suerte, aquel buen señor me hizo este precioso regalo: nunca podré olvidarle: esta valiosa sortija será como el retrato del mismo caballero.

—Pues Blas y yo, aún no hemos estrenado nuestras brillantes botonaduras: cumpliremos el deseo del finado luciéndolas el día de nuestra reválida.

Armida despidióse, por de pronto, para la Palma; de allí para el Brasil.

—¿Y ya no volveremos á verla?

—Por las islas, creo que nó. Pero si Uds. se animan, crucen el gran charco, teniendo la seguridad de que á su arribo á Miraflores, no les faltará nada para hacer vida cómoda y feliz.

—El próximo año, dijo Silvestre, termino mi carrera; después, provisto de mi Diploma facultativo, es posible que acepte su graciosa oferta de Ud.

A Blas le hizo los mismos ofrecimientos, el cual contestó igual cosa que su amigo. La joven abrazó á su madrina, estrechó la mano á los padrinos y regresó á casa de Angelina. Huelga decir que la familia vivía ahora en comunidad. Angelina escribió una carta á la madre de Silvestre, para que dejara su humilde habitación y se trasladase á la gran casa que iba á quedar desocupada; la viviría gratis, haciendo uso propio de todos los muebles que había en ella y la habitaría por término indefinido, puesto que se iba á la América y talvez no volvería á la patria. En todo caso, señora, desde el Brasil, la avisaré por escrito si hubiere algún cambio respecto á la propuesta que hoy la hago. Y, como creo que Ud. acepte mi oferta, le envío la llave de la casa. Escrita la carta envolvióla en un pañuelo y guardóla en el bolsillo para enviarla desde el muelle junto con la llave. Doña Toribia demostró tal pena por el viaje de la que, para ella continuaba siendo Elisa de Mendoza, que ésta, considerando el gran afecto que su antigua dama de compañía siempre la profesó, le propuso llevársela á la América, cosa que la dama, llena de júbilo, aceptó incontinenti. Quedó, pues, incorporada á los viajeros. Todo estaba listo; solamente aguardaban la salida de algún vapor, pues, si en buque de vela el viaje dura veinticuatro horas, no sucede lo mismo con el otro, que navegando contra mar y viento, va siempre en línea recta, salvando las veinte leguas del trayecto en muy pocas. Pronto se presentó la oportunidad, y todos se dirigieron al muelle, tomando pasaje en el vapor "Ninfa". Ya Angelina se disponía á mandar con un mozo conductor de equipaje, carta y llave á la madre de Silvestre, cuando vió llegar corriendo los dos padrinos.

—¡Caramba! dijo Silvestre, casi se nos escapan Uds. sin darles el último adiós!

Angelina entregó á Silvestre carta y llave, diciéndole:

—Ahí en ese papel va una propuesta que hago á su mamá. Ud., caballero, haga lo posible para que la acepte, no vaya á dejarme desairada.

—La aceptará: se lo prometo á Ud.

—¡Ea, señoras!—dijo don Alberto,— ya humea la caldera. ¡Abordo todos los que marchamos! Ya el buque comienza á recoger anclas, ¡no hay tiempo que perder!

—¡Adiós! ¡Adiós! Hasta que Uds. vayan por allá...

Ultimo apretón de manos y subiendo la escala fueron á sentarse nuestros pasajeros á la toldilla, donde tomaron asiento. El Teide, siempre á la vista, pronto se hizo más pequeño. En cambio, dibujábanse claramente los altos pinos de la tierra palmera. La pequeña ciudad recostada á orillas del Atlántico, apareció con todos sus detalles y algunas horas después de partir de Santa Cruz de Tenerife, tomaban tierra en Santa Cruz de la Palma los pasajeros, que al punto se encaminaron en demanda de la casa de doña Carmen. Ahí les dijo una joven bien puesta, que la señora estaba en el Hospicio. En consecuencia, dieron media vuelta y tocaron en la puerta de la derecha, que don Alberto creyó sería el recibimiento; así era en efecto. Fueron introducidos en el salón de visitas, invitádoles la joven portera á tomar asiento.

Avisada por la joven, momentos después presentóse doña Carmen, bastante cana, pero todavía de buen ver.

Todos se levantaron. Angelina con los brazos abiertos, se acercó apresurada á la señora.

—¡Jesús me valga!—dijo ésta—¿Eres tú, Angelina?

—Yo misma en cuerpo y alma, queridísima amiga...! Veo que no estoy muy vieja, porque Ud., después de diecisiete años de ausencia, al punto me ha reconocido.

—¡No, no has cambiado! ¿Pero es tu aparición un milagro? ¿Has renacido de tus propias cenizas, como el ave Fénix?

—Ni lo uno ni lo otro: ya te contaré mi larga historia y entonces sabrá cómo he vuelto á la vida.

—Ardo en deseos de conocer esa historia. ¡Oh, amiga tan llorada!

—Eso pide tiempo... ya vendrá... Ahora permítame presentarle mis compañeros de viaje: Esta señora es una antigua amiga: doña Armida del Castillo v. de Soldevilla; esta otra, es mi dama de compañía, doña Toribia Za-

mora v. de Calsadilla. Fijese Ud. bien en ese señor, a ver si lo recuerda...

Doña Carmen miró atentamente á don Alberto, mientras éste sonreía, exclamando al fin:

—¡Ah, por Dios! ¿Es Ud. don Alberto Sorel?

—El mismo, señora, que, desde lejanas tierras, viene á visitarla. La ofrecí volver un día.... aquí me tiene Ud. á sus órdenes.

—¡Cuánta dicha inunda mi corazón al contemplar reunidos al padre y á la hija! Y este jóven....?

—De pequeño lo quiso Ud. mucho, dijo Angelina. ¿No hay ningún rasgo en su fisonomía que avive la memoria de Ud?

Doña Carmen examinó al joven, diciendo:

—Tiene tus ojos y tu pelo ondeado.... lo demás me recuerda.... ¡Ah, sí! me recuerda á César.... ¿Será Albertito....?

—Abraza, hijo mío, á la mejor amiga que tuvo y tiene tu madre.

Llena de júbilo, doña Carmen abrazó y besó en la frente al joven, el cual correspondió afectuosamente.

—Oh, dicha suprema!—dijo la señora—todos llorados, todos reunidos! ¡No, no, esto no es natural! ¡Hay milagro!

—Ya se lo diré á Ud. todo, y verá en lo que consiste el milagro. Ahora, amiga mía, dígame ¿dónde están sus hijas?

—Viven muy lejos, querida: una en los Sauces: otra en los Llanos.

—¿Y no las vé Ud nunca?

—Rara vez. Cada una tiene varios niños. Adela sería imposible que viniese por ser el camino muy malo para viajar niños por él. Figúrate que para ir á los Llanos hay que subir y bajar la Cordillera.... Cuando Corina no tenía más que un par de hijos, venía alguna vez, efectuando el viaje por mar, que apenas dura dos horas. Después, siendo los pequeños más numerosos, ya no pudo volver. Me consuelo con escribirles semanalmente y con la promesa de mis yernos que me aseguran vendrán pronto á establecerse definitivamente en la ciudad. Me paso el tiempo en este Hospicio. Vamos á verlo.

Todos siguieron á doña Carmen, que, saliendo á la puerta, entró en la inmediata y se hallaron en el gran salón de estudio, en cuyo fondo veíase pintado al óleo, de tamaño natural, el retrato de Angelina: el parecido era exacto. Las numerosas alumnas se levantaron al entrar la visita. Cuando se fijaron en Angelina, todas volvieron la vista hacia el cua-

dro, diciéndose en voz baja: ¡Si es igual! Doña Carmen que oyó á algunas, dijo:

—¡Sí, queridas discípulas! Esta señora es la misma que representa ese retrato: es la que fundó el Hospicio; es vuestra bienhechora. Acercáos y besadle la mano.

Todas las niñas cumplieron el mandato, mientras la protagonista enjugaba lágrimas que la emoción hacía verter. En seguida se presentó la Directora, mujer respetable, que educaba sus huérfanas bajo el régimen de sólida moral, que don Alberto recomendó. Esa señora condujo las visitas á todos los departamentos del edificio, hasta la cocina, modelo de orden y limpieza. La Bonifacia, mofletuda y regordeta, dió un respingo al ver á Angelina:

—¡La Santísima Trenidá!! Esta es la señora que se murió ya hay años!

—La misma, dijo doña Carmen, pero has de saber, Bonifacia, que no murió, sino que fué salvada á tiempo.

—Si yo he rogado mucho á la Virgen de las Nieves paque dueña Angelina golviera á parecer, pa yo no perder las Lobas. ¿Nues verdá, dueña Cármenes, que ya no tengo que cumplir promesa y puedo dir á todas?

Angelina abrazó á Bonifacia y doña Carmen dijo:

—Sí, mujer; ya no tienes nada que te estorbe ir á esas fiestas.

Dejando la cocina, y á la cocinera brincando de contento, fuéronse todos al altillo, sentándose á descansar un poco.

—Aquí paso mis noches, dijo doña Carmen, cuando llueve mucho poniéndose la calle intransitable.

—Dígame, amiga. El buen doctor don Prudencio ¿vive?

—¡Oh, sí! Ya bastante anciano, pero aún fuerte.

—¿Y el arquitecto don Aurelio Carmona?, dijo Sorel.

—Ése también vive, muy conservado, parece joven, por aquello que dice: “la vaca pequeña siempre es novilla”.

—¡Me alegro! Mañana tengo que dar muchos pasos. He de llevarme al Brasil varios albañiles y carpinteros.

—¿Se vuelve Ud. allá?

—Lo más pronto posible; voy á fundar un pequeño pueblo. Se trata de civilizar á un millar de salvajes...

—¡Oh! eso es muy meritorio! Ud. siempre benefactor!

—¿En qué puede un hombre acaudalado emplear mejor su dinero, que en hacer bien á sus semejantes?

—¡Ah! si todos los ricos pensaran como Ud. habría menos miserias en el mundo. Pero ¡ay! muy pocos le imitan á Ud.

—Así es, señora; ya que Dios me otorgó este criterio, no lo desperdicio: tengo todos los medios á mano: nada me falta. ¡Pues, á la obra! Talvez no sea fácil hallar los menestrales que necesito...

—Ese elemento sobra en nuestra tierra; hay mucho artesano...

—Sí, abundarán los artesanos, pero no contrataré á cualquiera. Desde luego mis contratados han de ser jóvenes y casados de poco tiempo, ó jóvenes que no puedan contraer matrimonio por falta de medios; á éstos les facilitaré en seguida el dinero que necesiten para casarse.

—¿Y por qué exige Ud. esas condiciones?

—¡Muy sencillo! Yo quiero fundar mi pueblo bajo el régimen de la Moral Cristiana. Si llevo hombres solteros, seducirán á las pobres indias, que todo lo ignoran, porque aún son salvajes. Si contrato casados de largo tiempo, la cuestión del cambio, tan generalizada entre los hombres, es muy posible que dé el mismo resultado que darían los solteros. En poco tiempo "mis salvajes serian prostituídas", y... ¡adiós sana Moral! ¡Nó, nó! no llevaré conmigo sino á los que reunan las condiciones antedichas.

—Y si llega á su pueblo uno, ó más extranjeros, ¿qué hará Ud.?

—Recibirles cortesmente, teniendo cuidado de examinar su conducta: si es buena, pueden permanecer todo el tiempo que gusten: si, por el contrario, se portan mal, se les despedirá del pueblo como se ejecuta con dañosas alimañas, ó brutos resabiados.

—¿Luego, no serán libres?

—En todo tendrán libertad, menos en la práctica del mal.

—Tiene Ud. mucha razón, amigo mío. El amor libre ó libertino, es una rémora para la verdadera civilización. ¿No es el fin de ésta mejorar á la humanidad?

—¡Claro! Si nó, ¿para qué serviría? Pues bien, mi señora, los hombres no adelantarán nada en su perfeccionamiento moral, allí donde priven las costumbres licenciosas; allí donde se permitan, sin freno alguno, las calaveradas del hombre y la imprudencia de la mujer. Esa tolerancia no es libertad, es libertinaje, polo opuesto á aquel donde gravita la verdadera civilización. Buenos ejemplos tenemos en la Historia, del aniquilamiento de grandes pueblos, debido á sus costumbres corrompidas. Sin remontarnos á mayor antigüedad, ahí tenemos á Roma, la gran señora del mundo, sumergida en los más detestables vicios, desde los Empera-

dores, que daban el ejemplo, hasta el más ínfimo esclavo: desde la alta dama, hasta la pequeña mujercilla, todos á la vez se revolcaban en el inmundo lodazal de obsenas costumbres. Si antaño llovió fuego sobre las ciudades prevaricadoras, sobre Roma, tan culpable como aquellas, tenía que llover algo; y en efecto, llovieron bárbaros, mucho más morigerados en sus bosques, que lo eran los grandes señores romanos en sus palacios... El feroz Atila se llamaba á sí mismo "Azote de Dios". El gran bárbaro estaba en lo cierto. Jamás el hombre será bueno si su educación no se asienta sobre la sólida base de la Moral intrínseca, que trae consigo el perfeccionamiento de la conciencia, hasta el grado de que el individuo se juzgue á sí propio y rechaze el mal por ser indigno de la humanidad, ¡Oh! y los hombres son muy capaces de escalar esa altura! Muchos gritan que tal ó cual cosa no puede practicarse por la imperfectibilidad humana. ¡Error! Si la cosa no se practica no es por carencia de facultades para ello; sí, porque rehuyen la lucha interna, que indefectiblemente se entabla entre el deseo y el deber; éste saldría siempre triunfante, si el hombre quisiera emplear para ello, la gran energía volitiva de que está dotado. Pero no quiere: le gusta más vocear que es imperfecto... ¡Grave ofensa al Eterno, que le creó apto para la perfectibilidad!

Buenos deseos tenía don Alberto de disertar largo tiempo sobre este tema; pero conociendo que la peroración sería interminable, la cortó derrepente, diciendo:

—Voy al hotel á conseguir habitaciones para pernoctar...

—Nó, nó—dijo doña Carmen—. Uds. se quedan en casa.

—¡Gracias, señora! Las damas pueden quedarse. En tretanto, Alberto y yo vamos á principiar por ahí la pesca de mis virtuosos operarios. Todavía hay tiempo para enganchar algunos antes de dormir. Si tengo la suerte de hallar en su casa al Arquitecto...

—¡Ay! ¿se lo va Ud. á llevar también? ¿Pero va Ud. á falsear ya su sistema? Carmona es soltero.

—No, señora; don Aurelio será la excepción de mi regla. Ya veremos si se adhiere á mis ideales...

—¡Oh, sí! es hombre honrado á carta cabal.

—¡Pues cosa hecha!

Don Alberto y el nieto, se despidieron hasta mañana. Las señoras, después de comer en el Hospicio, pasaron á la casa de doña Carmen. Angelina dijo á ésta, que deseaba hablar con el doctor don Prudencio.

—Es una conferencia privada— añadió— que tendremos entre Ud., el doctor y yo.

Doña Carmen quiso preguntarle algo sobre su salvación del incendio, pero detuvo su curiosidad cuando Angelina la dijo:

—Es cosa larga de contar. Mañana, cuando en el cuarto alto del Hospicio, nos reunamos en triunvirato, sabrá Ud., y el amigo doctor, todos los acontecimientos de mi vida durante diecisiete años.

—Tendré cuidado de avisar, mañana temprano, al doctor.

Terminada la prima noche, las damas se retiraron á descansar.



CAPITULO XXXVI

LA PESCA

Entretanto, averiguó don Alberto el domicilio del Arquitecto y fuese allá con el nieto. Don Aurelio, repantigado en cómodo sillón, terminaba su chocolate crepuscular, acompañado de grandes biscochos bastos, cuando le anunciaron la visita de dos caballeros. Dijo que los introdujesen allí mismo, pues la estancia era su despacho. Tocó el botón inmediato á su sitial, que en la pared había, haciéndose la luz, nó la eléctrica, que aún dormía en el magín de su inventor, sino la de gas. Al entrar los caballeros levantóse á recibirlos el pequeño y regordete señor.

—¿A quiénes tengo el honor de hablar?, dijo afable.

—¿Tan viejo estoy que no me conoce Ud.?, repuso Sorel acercándose á la luz.

—¡Viejo...! no... pero... en fin... recuerdo haber visto su cara... antes... sí; ¿pero dónde...?

—¿Pues, y el Hospicio?—dijo el otro que se divertía con el desmemoriado.

—¡Ah! ¡Cáspita! ¿Es Ud. don Alberto Sorel?

—El mismo que viste y calza—dijo echando los brazos al cuello del pequeño; que se empinó sobre las puntas de los pies para recibir y devolver el abrazo.

—¡Cuánto me place verlo! ¿Cuándo llegó?

—Esta mañana.

—Y este joven...?

Tengo el gusto de presentarle á mi nieto Alberto.

—Pues ignoraba que Ud. tuviese un nieto. A su disposición, señorito Alberto—dijo alargándole la mano.

Este caballero, Albertito, es don Aurelio Carmona, arquitecto-constructor del bonito Hospicio que ya conoces; además, es también consumado artista en la pintura. La

imagen de mi hija está conteste con el original: no le falta más que hablar.

—Así se lo ofrecí á Ud. caballero cuando, hace años, me encargó un retrato que recordase á la finada....

—Debo decir á Ud. que mi hija vive.

—¿Es posible? ¡Qué dicha! Se salvó del incendio?

—Se salvó milagrosamente. Al declararse el incendio se volvió loca de terror, corriendo al muelle, metiéndose en una lancha, acurrucándose bajo el leito; esa lancha pertenecía á un buque que zarpó al amanecer, y naturalmente izada y sujeta á la borda del barco, nadie se percató de que allí había una mujer escondida. Cuando al día siguiente llegaron á la capital y los marineros bajaron la embarcación, echaron de ver que una mujer estaba escondida allí. Como quiera que no contestó á pregunta alguna, y notaron el extravío de sus miradas, al punto sospechaban que era loca. Apenas saltaron se hizo comparecer un médico que declaró á la señora completamente loca; en consecuencia, se la encerró en el Manicomio. Muchos años después, cuando ya la enferma comenzaba á recobrar la razón, fuí como viajero á visitar aquel asilo, y allí, mi hija y yo nos reconocimos.

—¡Vea Ud. qué felicidad!

—¡Muy grande, amigo Carmona!

Por suerte el buen artista no preguntó nada sobre el nieto: si tal acontece, don Alberto se hubiera visto feo para salir del lance. No estaba acostumbrado á mentir; así es que al terminar la patraña anterior sudaba la gota gorda, que limpió extendiendo su pañuelo sobre el rostro y estornudando, como quien de improviso se resfría.

Es que para mentir, con visos de verdad, se necesita desarrollar un zarcero de enredos sobrepuestos unos á otros. ¡Ah, cuánto mejor y más fácil es la verdad! Pero en el caso de Angelina, era imposible hablar claro. Era preciso conocer á fondo sus grandes dolores morales, para perdonar sus pasados, terribles errores; y esas desgracias no podían publicarse.

—Amigo Carmona, ¿quiere Ud. irse conmigo al Brasil?

El arquitecto dió tal respingo que, casi, casi, pierde el equilibrio; su centro de gravedad vaciló un poco....

—¡Hombre! ¿Me lo dice Ud. de veras?

—Y tanto....! Yo necesito allá habilidades como las que usted posee. Voy á fundar un pequeño pueblo; en él habrá un templo, que será ornado con algunos cuadros de mérito. ¿Por qué no ha de ser Ud. el autor de esas pinturas? En nuestra casa de Miraflores tendrá Ud. cuantas comodi-

dades pueda apetecer. Allí hay en aquel suelo privilegiado Fauna y Flora incomparables... clima superior... ¿Qué más desea Ud? ¿El pasaje? Está pagado de antemano. En vapor, no hay las dilaciones de los buques de vela, que tienen que sufrir las calmas y obedecer los caprichos de vientos inconstantes. La máquina no tiene que afrontar esas intermitencias yendo, contra mar y viento, siempre adelante. La alimentación en esos vapores, es inmejorable. Allá va Ud. á la mesa cinco veces al día: la variedad de platos es incontable... Conque, ánimese y vámonos. Luego, cuando Ud. pinte mis lienzos, si á pesar de todas las bellezas de aquel país siente Ud. nostalgia de la patria, ¿quién le impide volverse á ella? No vendrá con las manos vacías: traerá Ud. unos ahorritos no despreciables, que le vendrán bien para el descanso de la vejez.

Don Aurelio, un tanto meditabundo, iba á contestar.

—¡No, no!—dijo Sorel—no me dé contestación ahora: ¿podrá Ud. darme noticia de algunos operarios que deseo contratar para la erección de mi pueblo?

—¿Qué clase de artesanos pide Ud?

—Una docena de carpinteros y otra de albañiles.

—Aquí abunda esa clase de menestrales.

—Es que para contratarlos exijo que posean ciertas cualidades...

Informado Carmona de las bellas prendas que se pedían á los trabajadores, sonrióse plácidamente, diciendo:

—¡Canario, ¡ Señor mío, no es usted poco previsor!

—¿Y qué, no cree Ud. necesario esas cualidades como garantía moral? “Más vale prever á tiempo, que tener que remediar.”

—¡Ya lo creo!

Para la consecución de su proyecto, tendremos que emplear un poco la selección. ¡Rueda por ahí tanta concupiscencia!...

—Estoy por la selección, amigo Carmona. Todo lo que existe en el mundo procede de esa gran Ley natural.

—Pues vamos á comenzar—repuso el arquitecto—por los novios insolventes. Conozco muchos que no cesan de trabajar día y noche con el anhelo de reunir algunos duros para poder casarse con jóvenes que aman; esos casamientos se efectúan siempre por amor.

—¿Podremos conseguir que mis contratados sean todos maridos en ciernes?

—Creo que sí. Pero eso le va á costar á Ud. un ojo de la cara. ¿No va Ud. á darles dinero para que se casen?

—¡Y á mí, qué! ¿No soy millonario? Además, tengo socios también riquísimos. Yo soy el socio comanditario.

—Pues entonces, don Alberto, la cosa es hecha: los novios verán el Cielo abierto y las muchachas, por seguir á sus maridos, irán hasta el infierno.

Mudo espectador de esa escena, Alberto sonreía al ver el entusiasmo del abuelo; pensaba que también podría asociarse á la obra magna; él poseía millones: si su padre lo consentía, sería de los contribuyentes.

Momentos después, los tres hombres subían al barrio de San Sebastián: ahí contratarían los carpinteros. Don Aurelio, como arquitecto, conocía todos esos jóvenes, que había empleado diferentes veces en sus construcciones. Muchachos de veinte á veinticuatro años no faltaban por allí: gente parrandista, tañedora de guitarra, violín y bandolín, sin que faltara quien supiera pitar en la flauta, requinto y clarinete. A eso no objetaría el contratista: la música es parte integrante de la civilización.

—¡Buenas noches, Rogelio!—dijo Carmona, al entrar en una modesta y limpia salita donde, sentado en butaca hallábase un joven de buen aspecto, tocando la contra, guitarra pequeña, cuyo rápido y alegre rasgueo haría bailar á un misántropo un paso de zarabanda.

—¡Hola, maestro!—dijo poniéndose en pie—¿tanto bueno por casa? Siéntense Uds. y dígame á qué debo la honra de esta visita.

Todos tomaron asiento. El maestro tomó la palabra.

—Siento haber interrumpido tu alegre tocata; pero el caso es urgente: quiero hacerte unas preguntas. ¿Sigues tus amores con Angélica?

—¡Ya lo creo, no le faltaré á la palabra dada!

—¿Y cuándo te casas, hombre?

—No deseo otra cosa; pero aun va largo...

—Por falta de medios, eh?

—Así es, maestro—dijo el otro, medio suspirando.

—¿Si te propusiera una ocupación cuyos emolumentos te facilitarían en veinticuatro horas cuanto dinero necesites para casarte antes de una semana, aceptarías?

Rogelio abriendo tamaños ojos, replicó:

—¡Maestro, Ud. se chancea!

—¡Nada de eso!, no bromeo. Señor don Alberto, sírvase Ud. explicar la cosa á Rogelio.

El caballero habló sucintamente del futuro pueblo; necesidad de operarios, flete libre, dinero para efectuar las bodas, sin devolución, pues todos los gastos matrimoniales

serían incumbencia de los padrinos, que él se encargaba de facilitar.

—Conque—dijo Carmona—decidete muchacho; la perspectiva no puede ser más halagüeña. Te llevas tu Angélica y ganarás más que aquí. ¿Cuánto será el sueldo?—dijo, interpellando á Sorel.

—Apenas pisemos la hacienda de Miraflores, tendrán mis contratados tres duros diarios, casa y alimentos para ellos y sus consortes.

—¡Cáspita! ¿Dónde hallarás cosa mejor? Y que tu maestro se va también.

—¡Caramba, si Ud. hace viaje ya no vacilo! Acepto, señor don Alberto, me voy con Ud. y el maestro.

—Pero es el caso que yo necesito doce jóvenes carpinteros como Ud.

—Hay muchos en mis circunstancias: creo que todos se irán.

—Muy bien, hagamos una lista de todos los que Ud. conoce. Y sacando lápiz y papel fue escribiendo los nombres, dictando Rogelio.

—Rodolfo, Ovidio, Mario, Eladio, Juanito, Mariano, Juan de Dios, Jaime, Víctor, José María, Gonzalo y yo: somos doce.

—¿Se irán todos?

—Creo que sí: se decidirán pronto, porque el maestro nos acompaña.

—Entre los suscritos ¿hay algún casado?

—¡Cá, no señor! Todos tienen novia, pero no hay recursos....

—Pues si aceptan, antes de ocho días cada uno tendrá su legítima esposa.

—Te encargo, Rogelio, que esta misma noche hables á tus compañeros. Mañana, después de almuerzo, vayan todos á mi casa. Allí se firmará el contrato que debe preceder á ese género de emigración.

Los señores saludaron y se fueron.

En cuanto á Rogelio, enfundó la contra y salió á escape á verse con los amigos: todos vivían en el barrio y pronto les dió la buena nueva.

Como apenas eran las ocho, los señores fuéronse á echar la red á los albañiles, allá por la calle de los Molinos. El arquitecto, que también conocía esa clase de menestrales, entró en una casita de pobre aspecto. Estos estaban en situación un poco más descamisada que los carpinteros: allí no había música.